

## DOMINGO DE RAMOS. LA PASIÓN DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

20 de Marzo de 2016

Is 50, 4-7; Fil 2, 6-11; Lc 22, 14 - 23, 56

Al inicio de la celebración, hemos reproducido la entrada de Jesús en Jerusalén. Y ahora acabamos de escuchar la pasión según el evangelista san Lucas, el evangelio que insiste más en la misericordia del Padre manifestada en la palabra y en la acción de Jesús, sobre todo en su donación hasta la muerte. Entramos así, hermanos y hermanas, en la Semana Santa. Son días en los que, por poco atentos que estemos a las celebraciones de la Iglesia, experimentamos un montón de emociones, de sentimientos. Pero no deberíamos quedarnos con eso. Porque las celebraciones de la Semana Santa no se limitan a recordar lo que Jesús hizo, sino que nos sumergen en el Misterio Pascual de Jesucristo, porque morimos y resucitamos con él. La Iglesia no se limita a conmemorar, sino que nos ofrece el que nos podamos adentrar en la vida de Cristo, nos ofrece el ámbito donde abrirle el corazón y compartir con él sus sentimientos. Y ello para que podamos recibir la gracia salvadora. Las emociones y los sentimientos pueden ayudarnos. Pero lo importante es que hagamos más profunda nuestra fe y nuestra relación personal con el Señor; él que, aún siendo *de condición divina*, se hace uno de nosotros hasta *aceptar por amor la muerte de cruz* para liberarnos. Por eso, ahora, una vez glorificado, nosotros lo adoramos como *Señor* de nuestra vida y de todo el universo.

Sobre la base de la fe cristiana, tenemos este amor crucificado de Jesucristo. Un amor lleno de compasión, de misericordia, por sus hermanos en humanidad, para cada uno de nosotros. Es este amor que le había llevado a desear ardientemente llegar a darse del todo en el sacramento eucarístico y en la cruz. Lo hemos escuchado al inicio del relato de la pasión: *He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros -decía- antes de padecer.*

De todo el relato de la pasión, quisiera detenerme ahora brevemente en un pasaje que nos hace ver la grandeza de ánimo y la medida de la compasión de Jesús. A las *mujeres que lanzaban lamentos por él*, les dice: *no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.* Se lo dice con un tono solemne. Ellas representan todas las *mujeres de Jerusalén* y por extensión todas las madres del mundo que lloran por tantos sufrimientos. Aquellas *mujeres* pensaban en el sufrimiento de Jesús y Jesús, en cambio, piensa en el dolor futuro de tanta gente. Ellas lanzaban un lamento por la pasión de Jesús, y él hace un llanto sobre el dolor del mundo.

Jesús no niega el drama de su condena, siendo el Mesías, por parte de las autoridades religiosas, que lo han entregado a los romanos. Pero, dice que no tienen que llorar por él. Porque su dolor y su muerte no son una derrota personal sino un darse por amor, son el ancla de salvación para todos, por eso *deseaba* llegar a este momento, como ha dicho al inicio. Y, en cambio, invita a llorar sobre todo por los pecados de los que no tienen entrañas de compasión, los de entonces y los de a lo largo de toda la historia. Invita a llorar por la no lejana destrucción de *Jerusalén*, la Ciudad Santa, y por la derrota nacional que sufrirá el pueblo, todo por culpa de la infidelidad. Jesús invita a llorar, también, por el mal en el mundo. A llorarlo como llanto y como denuncia.

Hoy, mientras contemplamos a nuestro Señor clavado en la cruz y recordamos las palabras que dijo a *las mujeres*, nos pesa de un modo desgarrador el drama de tantos refugiados en las costas del Mediterráneo que, huyendo de situaciones de hambre, de guerra y de persecución, huyendo del peligro de muerte, ven cerradas las puertas de Europa. Nos pesa que nuestro continente se aparte de sus valores fundacionales y

rechace acoger a los que buscan refugio, dejando en situaciones inhumanas a tantas personas. El miedo de muchos de sus ciudadanos y la escasez de líderes valientes dispuestos a jugarse el cargo para defender los derechos humanos, la hace renunciar demasiado a menudo a su cultura humanista, como estamos viendo estos días. Nos pesa, también, como decía el Papa en Méjico, ver tantos hombres y mujeres, jóvenes y niños explotados por el trabajo, desesperados o que acaban destruidos en manos de los traficantes de muerte. Nos pesa constatar tantas injusticias que atentan directamente contra el proyecto de Dios para la humanidad (cf. Homilía en Ecatepec, 14.02.2016). Ante el Cristo crucificado, nos toca llorar como llanto y como denuncia. Y trabajar en la medida de nuestras posibilidades para que se acabe cuanto antes esta pasión dolorosa de tantos y tantos hermanos nuestros, con los que Jesús se ha solidarizado. Vivir estos días santos el misterio pascual nos urge a la denuncia y al trabajo comprometido por el bien de las personas y por el respeto a su dignidad y a sus derechos. Nos urge el trabajo para ir creando un mundo más fraterno. La sangre del crucificado nos da la fuerza.

El lamento por el dolor que Jesús manifiesta ante *las mujeres*, se convierte también en oración: *Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Es su amor infinito, la misericordia plena, lo que le lleva a esta oración al Padre. Y el evangelista escribe, no lo que Jesús "dijo", sino lo que "decía", como si fuera una súplica insistente repetida una y otra vez: *Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen*. Era a favor de quienes lo crucificaron materialmente, y también a favor de la humanidad que con el mal y el pecado está implicada en esa muerte cruel, que él vivía como una donación de amor. Aquella oración era a favor de cada uno de nosotros, porque recibimos el perdón de nuestro mal y de nuestro pecado.

Por ello, como *la gente que estaba presente* en la crucifixión del Señor y *se volvía dándose golpes en el pecho*, según decía el evangelista- nosotros también expresamos hoy nuestra compunción por nuestras infidelidades. Pero al mismo tiempo, confiamos en la misericordia de Jesucristo sobre el mundo y en su amor por nosotros. Hasta el punto que, sin forzar su sentido, podemos aplicar a nuestra asamblea las palabras de Jesús que iniciaban el relato de la pasión: *He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros* para purificaros de vuestro mal, para introducirnos en mi amor y para compartir con vosotros mi donación al mundo.